

DON EMILIO GARCIA GOMEZ EN EL RECUERDO (*)

por RAFAEL MANZANO MARTOS

La muerte del Excelentísimo Señor Don Emilio García Gómez, ha sumido a las letras, al arabismo, y a las ciencias históricas de España en la más triste orfandad.

Pertenecía Don Emilio, catedrático emérito de Lengua Arabe de la Universidad Central a las Reales Academias Españolas y de la Historia, con la última de las cuales llegó a cumplir y celebrar en vida sus Bodas de Oro. También era Académico de Honor de esta de Buenas Letras que quiere hoy dedicarle tributo de homenaje y despedida con los máximos honores académicos.

La muerte de Don Emilio me sume hoy en un cúmulo de profundas emociones y nostalgias y lacera la llaga del recuerdo de días irrepetibles de mi mocedad.

Conocí a Don Emilio hace ya casi cuarenta años en el ambiente irrepitible de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, en lo que él definió alguna vez certeramente como un «conventículo de arabistas».

Allí en la vieja casa de la cuesta de San Vicente, se respiraba, aún vivo, el perfume y el espíritu de los grandes arabistas españoles que inventaron este brillante capítulo de la ciencia española Don Francisco Codera y Zaidín, Don Julián Ribera y Don Miguél Asín Palacios.

* Leído por Don Rafael Manzano Martos el día 27 de octubre de 1995

Aquellos muros venerables, aquellos entarimados un tanto escorados y crujientes, albergaban una biblioteca heredada prácticamente de aquellas tres generaciones. En el vestíbulo una escultura sentada de Don Julián Ribera. A la derecha el despacho del inolvidable Jaime Oliver Asín, sobrino del maestro que vivía en la planta superior con su numerosa prole en torno a una inmensa biblioteca presidida por una gran mesa de billar cubierta de libros. A la izquierda en un doble despacho trabajaban Fernando de la Granja, el más brillante de los jóvenes discípulos de Don Emilio, y Soledad Gisbert a quien los alumnos de la Facultad de Letras llamaban con justicia y con justeza «la encantadora señorita», ¡Cuanta dulzura la de aquella entonces joven arabista que cargaba sobre sus hombros la dura —por escasa— tesorería de la institución! Luego, también a la izquierda, el despacho de Elías Terés Sábada que, tras su riguroso aspecto de arabista puro y duro escondía secretas aficiones al cante y al baile flamenco sobre lo que manteníamos largas disquisiciones.

Partía luego un largo pasillo de vacíos despachos que, como todos los del ala derecha, daban a un jardín decimonónico de carácter entre burgués y palatino trepado de enredaderas, cuyo desaliño y decadencia acentuaban la carga de su romanticismo. Este último despacho, en el que yo trabajaba en especial los últimos días de la semana, era el que había compartido en vida con mi maestro Torres Balbás, y donde austeros archivadores de roble de severo porte institucionista, guardaban encartonadas fichas fotográficas de arqueología hispano-musulmana. Completaba el cuadro familiar un viejísimo conserje cuyo nombre no recuerdo pero, que era un ser encantador natural de Beteta en la provincia de Cuenca.

Un día entre otros becarios más o menos trashumantes que preparaban tesis o tesinas, apareció otro arabista en estudios de doctorado que sería importante en las letras españolas, Joaquín Vallvé, que pronto se enamoraría de Soledad en bello romance que terminaría en boda, y llegaría a ser un poco el discípulo amado de los últimos días del maestro.

En aquella casa prodigiosa transcurrieron tras la pérdida de mi maestro Torres Balbás algunos de los días más felices de mi juventud, en largas pláticas con Jaime Oliver que me regaló aficio-

nes a la geografía histórica en horas inolvidables, o con Soledad a la que los sábados por la tarde, —entonces en el arabismo español se trabajaba los sábados por la tarde,— acompañaba en largos paseos a pie hasta su casa en el paseo del Prado cerca ya de la estación de Atocha.

¡Cuánta ciencia, cuánta sabiduría, cuanta austeridad, cuanta capacidad de ilusionar a la juventud cabían entre aquellas paredes tan sobrias y modestas, vivo reflejo de generaciones próximas a las virtudes pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza, vistas en este caso desde la ortodoxia cristiana de Don Miguel Asín.

¡Cuánto añoro aquella universidad española, tan falta de recursos como plena de talentos, y de capacidad de superarse por encima de su indigencia!

Allí, en aquella casa se vivía en perpetua tristeza por la ausencia de Don Emilio al que razones de Estado habían llevado de embajador, primero al Irak y luego a Turquía. Aquella casa vivía el ya prolongado paréntesis de su lejanía. Todo se aplazaba, todo se posponía, esperando su llegada, su presencia, su toma de decisiones. Allí aprendí a vivir las nostalgias el que todos llamábamos «El Deseado».

Afanábamos todos en mantener el fuego sagrado de la revista Al-Andalus, que navegaba con retrasos, e intenté suplir y prolongar con originales de Don Leopoldo y con otros de amigos, Casamar, Navascues, y alguno de mi juvenil cosecha, la crónica Arqueológica de la España Musulmana, pero evidentemente faltaba la mano fuerte del timonel que no llegaba.

Por fin llegó el día tan esperado. Venía Don Emilio un poco de paso para asistir a las exequias y funerales de Doña Sol, la hermana del Duque de Alba en quien siempre había tenido un admirador y mecenas. En aquel día soñado Don Emilio nos echó a todos una bronca tremenda, seguramente merecida y trocada de inmediato en cariño y amistad, que en mi caso se prolongó en largos paseos por el Alcázar en sus periódicas visitas a Sevilla, donde venía a veces en compañía de otro de los grandes ausentes, Enrique Lafuente Ferrari.

Era Don Emilio hombre español antiguo, de pequeño continente en contraste con la grandeza de su talento. Tenía una voz fuerte, sonora, impresionante, segura en el decir, fantástica, que le

acompañó hasta su muerte. Era lo que más me sobrecogía y me enamoraba de Don Emilio.

Alguna vez dije de él, y hoy lo repito, remedando el subtítulo que el puso a su Ibn Quzmán, —»una voz en la calle— que él era «una voz en el arabismo hispano.

Discípulo directísimo y amado hasta lo familiar de Don Miguel Asín Palacios, en cuya casa veraneaba de joven en San Sebastián, Don Emilio se sentía nieto de Codera, al que no pudo llegar a conocer, y acuñó para sí y para sus discípulos el patronímico feliz de «los Banu-Codera», que él utilizaba como timbre de orgullo.

Es difícil en el estrecho margen de unas páginas, más emotivas que historiográficas, glosar la obra fecunda, admirable en calidad y dimensión, de Don Emilio García Gómez. Por acotarme intentaré recordar aquí las que vinculan a este madrileño ilustre con esta tierra andaluza de la que fue hijo predilecto por amor, por vocación y por adopción, legitimada con carácter honorífico por las máximas autoridades andaluzas.

Esta vocación andaluza nacía en Granada a donde fué a vivir muy joven, con veinticinco años, tras ganar brillantemente la Cátedra de Lengua Árabe de aquella Universidad. Por aquellos días publicaba sus «Poemas Árabe-Andaluces», a partir de una vieja antología árabe «El libro de las banderas de los Campeones», que pudo transcribir en una incursión literaria por las bibliotecas de El Cairo.

En este libro surge la gran figura de García Gómez, no solo como exquisito y riguroso traductor de los poemas árabes, sino como brillante escritor e historiador profundo. Su introducción a los poemas es una de sus más bellas páginas literarias de juventud, y, creo que es en ellas en las que Don Emilio hace aquella confesión que ha repetido en muchas ocasiones a lo largo de su vida: la de que, la suya, era uno de tantos casos de una vocación poética ahogada en una Facultad de Letras.

Pero, como veremos, a pesar de esta queja íntima la vida le prestó tiempo y recursos para desarrollar su espléndida vena de creador literario. En Granada, bajo el impulso político de Don Fernando de los Ríos, funda su Escuela de Estudios Árabes, y la revista de estudios islámicos «Al-Andalus», que todavía pervive

con su nuevo título de Al-Qantara», todo ello en el marco poético de la Casa del Chapiz, que restauró en compañía y bajo la dirección de mi maestro Don Leopoldo Torres Balbás. Aquellos días emocionados convividos con un grupo de amigos entre los que se contaban Don Manuel de Falla, o amigos y compañeros universitarios como Alfonso Gamir y Sandoval quedaron reflejados en una de sus más deliciosas y poéticas evocaciones: «Silla del Moro y Nuevas Escenas andaluzas», donde a través de una serie de pequeños cuadros nos da, ya desde su cátedra madrileña, la medida de su nostalgia de aquellas tierras andaluzas de la alta Penibética.

De estos años de 1935, es su traducción de «El elogio del Islam español de al Saqundí», en cuyo brillante prólogo comparaba Don Emilio las poéticas descripciones de las ciudades andaluzas del gran polígrafo árabe con las notas musicales de la Suite Ibérica de Albéniz.

La nostalgia de Granada volvería a aflorar en su Discurso de ingreso de la Real Academia de la Historia, leído en 3 de Febrero de 1943, cuando Don Emilio contaba tan solo treinta y siete años.

En la segunda dinastía del emirato Nazarí, surgió, al calor de la dinastía reinante, una dinastía paralela de visires poetas. Ibn al Yayyab fue el cronista, secretario y poético cantor de los éxitos guerreros de Ismail. Su discípulo, Ibn al-Jatib, fue el más grande polígrafo de la España Musulmana: historiador, médico, físico, y poeta, sirvió noblemente a los dos grandes monarcas de la dinastía. Yusuf I y Muhammad V, al que acompañó hasta el destierro. El fue el introductor en la corte de Ibn Zamraq, tercer y último visir poeta de la dinastía. Todos ellos ilustraron con sus poemas, «qasidas sultaniyyas», los muros y yaserías de la Alhambra, que al decir del propio García Gómez es la más bella edición jamás realizada de un libro poético.

«Ibn Zamraq, el poeta de la Alhambra» fue el título de su discurso, y uno de los grandes temas de su vida convertido en obra maestra de madurez en «Poemas árabes en los muros y fuentes de la Alhambra». (1985), en la que reconstruye la obra del máximo poeta nazarí, y la vida de este «Judas de la España Musulmana» ennegrecida por la muerte de su maestro Ibn al Jatib, al que él mismo estranguló en Fez cuando, caído en desgracia, huyó de Granada a aquella ciudad meriní.

Todavía, y como fruto de su colaboración intensa y mantenida hasta su muerte con el gran hispanista Evariste Levy-Provencal, publica en español las Memorias de Abd-Allah, el último monarca Zirí de Granada, que en su exilio de Agmat, y cerca de donde nuestro Al-Mutamid de Sevilla, su enemigo mortal, escribía los nostálgicos poemas de su cruel destierro, nos dejó una puntualísima crónica de la dinastía taifa granadina. Salió a la luz bajo el título de «El siglo XI en primera persona», pues a Don Emilio le gustaba poner nombres un tanto periodísticos, desenfadados y aparentemente frívolos a sus obras más profundas.

Córdoba, otra de las ciudades andaluzas amadas por nuestro académico desaparecido, aflora en el marco de los días de la decadencia y destrucción del Califato a través de su traducción del Collar de la Paloma de Ibn Hazm, traducción de la que ponderaba Levi-Provencal tanto «la rigurosa fidelidad de la traducción como la rara elegancia de su estilo».

Pero el eje del Guadalquivir nos trae inexorablemente a Sevilla, la última mención del periplo sentimental de Don Emilio. Aquí estaba a finales de 1944 iniciando su viaje de novios con María Luisa, que hoy nos ha querido honrar con su presencia aquí, y que en estos días, si Dios lo hubiese querido estaría con él celebrando sus bodas de oro, y aquí tuvo la noticia de su elección para académico de la Española. De Sevilla se llevó el tema de su brillante discurso de ingreso leído el 22 de Noviembre de 1945: «Un eclipse de la poesía en Sevilla. La época almoravide».

Nadie como Don Emilio García Gómez nos ha descrito de forma tan brillante la vida en la calle, el bullicio del zoco, las industrias cabe el río, o la vida rural de la Sevilla altomedieval. «Sevilla a comienzos del siglo XII», no es sino la traducción española de un tratado de hisba, —unas ordenanzas municipales—, de Ibn-Abdum, en almotacén sevillano de época almoravide, descubierto por Levy-Provencal entre los tesoros de la biblioteca de la Qarawiyyin de Fez.

Pero su obra maestra sobre la poesía medieval sevillana es su «Todo Ben Quzmán». Recuerdo viva la imagen de la presentación de este libro por boca de su autor en la Universidad de Sevilla en una sesión inolvidable a la que asistí sentado entre dos grandes

maestros, también perdidos, Carande y Carriazo. Creo que es difícil mejorar la crítica de gabrieli; «se puede decir sin exagerar que los tres volúmenes ahora publicados, son un monumento de doctrina, y al mismo tiempo un tesoro de ideas, hipótesis, y soluciones sobre materias que trascienden en mucho al puro arabismo, para afrontar vitales cuestiones de la cultura y el arte medieval en toda el área del Occidente romance».

Pero a tanto hallazgo referido a nuestra historia hay que sumar otras páginas, menos conocidas, que encierran su personal sentir de nuestra tierra. Si Silla del Moro es en el fondo una teoría de la Andalucía alta, su teoría de la Baja Andalucía se esconde en un precioso prólogo a una antología poética de Joaquín Romero Murube: «Silencios de Andalucía», en edición bilingüe, traducida al francés por una misteriosa dama oculta tras el seudónimo de Ana Arroyo. En otro lugar he exployado su elogio del gran poeta sevillano, que termina en estas palabras:

«La alcachofa tiene muchas hojas, y las Andalucías son muchas. Hay la bravía, la montaraz, la estrepitosa, la esteparia, la marinera, la que tiene aún regusto manchego, entre tantas otras. Pero Andalucía propiamente dicha —el corazón de la alcachofa—, no hay más que una, que es la de Joaquín Romero: la finísima Bética. Después de haberlas amado a todas mucho, en la historia y en el presente, yo vuelvo de corazón a ella: a la blanca desnudez, a la calma, al silencio, a la sublime elegancia que no tiene edad, a fuerza de tenerla. El borracho ha descorchado botellas raras, con títulos forzados, con etiquetas heráldicas, con licores de color diferente; pero un día descubre ese Cazalla diáfano, y al par abrasador, con una simple etiqueta blanca, en que no hay más que un clavel sencillo, de color encarnado, que parece pintado por Dalí. El arqueólogo, harto de aparejos de sogas y tizón, de piedras doradas, de nervaduras góticas y de mocárabes, acaba por preferir la pared enlucida de cal mezclada con una chispa de añil, ese color que —como una vez me dijo Ortega y Gasset— es el que más contamina y trasmina el aire».

¡Ortega y Gasset!, otro nombre, aquí citado por el arabista, y que es sin duda una de las claves que marcó a Don Emilio García Gómez y a toda la generación del 27, tanto en el pensamiento como en la forma de expresión.

El once de Abril de 1985, ilustraba Don Emilio esta sala con su voz sonora en que refrescaba un tema suyo ya lejano: «Rapsodia de la poesía arábigo andaluza». De nuevo el tema eterno de la Corte de Al-Mutamid. Contestó a este discurso de su recepción como académico de honor nuestro compañero José Guerrero Lovillo.

Por descuido tal vez, ambos textos permanecen aún inéditos, y creo que es hoy el mejor momento de rescatarlos e imprimirlos conjuntamente con los que estamos leyendo en este póstumo homenaje.

En él presentaba nuestro arabista una novedad que nos sorprendió a los que nos consideramos sus discípulos. De todos es sabido cómo en la traducción de sus poemas árabes preocupó a Don Emilio el rigor y la belleza del traslado, difícilmente acoplable a una métrica castellana. En alguna de sus páginas científicas atacó con dureza a los traductores decimonónicos, especialmente a Don Juan Valera, por sus interpretaciones rimadas postrománticas de nuestros poetas medievales; «elegantes pastiches literarios, los» llamó despectivamente. Pues, bien en el discurso leído en nuestra academia nos dio unas versiones nuevas, en metro libre castellano, de sus viejas traducciones de los poemas de al-Mutamid.

Fue Don Emilio en vida un gran polemista. Lo sorprendente y a veces osado de sus planteamientos motivó que surgieran voces contradictorias que le llevaron a establecer durísimos combates literarios. Como su maestro Asín Palacios ha muerto en el fragor de la polémica y como él ganará batallas tras su muerte. «La escatología musulmana en la Divina Comedia» de Asín, provocó conmoción entre los dantistas italianos, y el triunfo definitivo de su tesis no llegó a alcanzarlo en vida.

En sus obras «Las jarchas romances de la serie árabe en su marco», o en su «Métrica de la moaxaja y métrica española», ha expuesto Don Emilio su sugestiva y documentada teoría sobre una poesía pro-indiviso en la España musulmana y ha venido a demostrar cómo la métrica de estos géneros, moaxaja, jarchas o zéjel, no puede ajustarse a la clásica árabe y si a la silábica acentual, impuesta por la coplilla mozárabe.

Contra esta brillante teoría se ha alzado algún arabista, desmontado brillantemente por García Gómez en su alegato titulado «El escándalo de las jarchas en Oxford».

No menos polémica ha sido su obra publicada en 1988 bajo el título «Foco de antigua luz sobre la Alhambra», en la que publicaba un texto de Ibn al-Jatib conteniendo la crónica de la fiesta que, para celebrar el Mawlid o Nacimiento de Mahoma del año 1362, organizó Muhammad V en la Alhambra, con ocasión de su vuelta, tras largo exilio, al trono granadino.

La interpretación osadísima que acompañaba a la traducción, y en la que planteaba toda una nueva teoría arqueológica del monumento, determinó una dura contienda literaria en la que nos enfrentábamos arqueólogos y arabistas, en una nueva guerra de frontera granadina en la que luchaban los «Banu Gómez-Moreno, contra los «Banu-Codera», no sin duros episodios, escaramuzas y tácticas de «tornafuye» como correspondía a una lucha de romance fronterizo.

Los dos principales luchadores, el franciscano Fray Dario Canelas y Don Emilio ya habrán firmado treguas en el Cielo.

Yo, lo confieso aquí, milité en esta pugna dialéctica en el bando contrario a Don Emilio, y supe que andaba disgustado por mi discurso de ingreso en la academia de San Fernando. Fui a verlo a la Academia de la Historia en el primer día en que, por su última y fatal enfermedad, estuvo ausente de sus sesiones. Quería presentarle mi cariño y respeto, siempre por encima de teorías arqueológicas. Pero no pudo ser. Allí encontré a un Pedro Laín preocupado por la enfermedad de Don Emilio y a un Joaquín Vallvé más optimista y esperanzado.

Termino con una última reflexión que he visto que ha pasado inadvertida a los muchos panegiristas y biógrafos que han recordado a tan insigne figura con ocasión de su muerte.

De todos es sabido que Su Majestad felizmente reinante, quiso honrar la sabiduría de Don Emilio con un título nobiliario. Con fina intuición borbónica eligió para él, el poético título de hidalguía de «Conde de los Alixares».

Nada queda de aquel famoso palacio granadino, de los Alixares que fue un «hair», una reserva de caza, situado por encima de la Alhambra. Allí sorprendió la muerte a Abul-Hasam Alí, el Mu-

ley Hacen de las crónicas cristianas, cuando entretenía allí los ocios forzados por una larga enfermedad. En su solar se levantó en el siglo pasado el cementerio de Granada donde hoy reposa Don Emilio.

Salvo unos planos inéditos levantados por los Gómez Moreno padre e hijo, sólo nos queda de los Alixares el recuerdo poético del Romance de Abenámbar y el rey Don Juan. Alguna vez me he preguntado quien era Abenámbar. Nosotros tuvimos en Sevilla a aquel Abenámbar de Silves que fue maestro literario de al-Mutamid, gobernador en su ciudad natal, y luego traidor a su rey que acabaría con él en un rapto de furor.

El otro Abenámbar granadino también era un traidor. Sin duda un espía del ejército de Ibn-al-Mawl, que apoyaba al rey cristiano en vísperas de la batalla de la Higuera.

Don Juan I de Castilla vislumbra Granada desde un altozano y va preguntando a Abenámbar sobre las fortificaciones y palacios que se suceden ante su vista;

¿Qué castillos son aquellos, altos son y relucían?
«La Alhambra era, señor, y lo otro, la mezquita...
Aquellos los Alixares labrados de maravilla...
El moro que los labraba, cien doblas ganaba al día,
y el día que no labraba, otras tantas se perdía...

Don Juan al final del romance se rinde enamorado.

No tuvo riquezas ni fincas Don Emilio García Gómez en esta vida, pero sí riquísimo patrimonio espiritual. Quiso, fiel a su patria de adopción enterrarse en Granada. Y allí adquirió un modesto enterramiento entre dos cipreses plantados por sus manos y que su longevidad ha permitido alcancen respetable altura.

Con su muerte, exequias, y enterramiento, Don Emilio ha tomado física posesión de su espiritual condado, reducido a esta humilde, tumba.

Y sobre la tumba de este último visir poeta de Granada, los ecos viejos del romance...